

Balbino Gutiérrez

ENRIQUE MORENTE
LA VOZ LIBRE

fundación sgae

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de portada, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, reprográfico o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El editor no se hace responsable de las manifestaciones u opiniones vertidas en el presente libro.

ENRIQUE MORENTE LA VOZ LIBRE

Primera edición, 1996
Segunda edición, 2006
Tercera edición, 2018

Edita

Fundación SGAE
Bárbara de Braganza, 7. 28004 Madrid
publicaciones@sgae.es
www.fundacionsgae.org

Fotografías de cubierta

Paco Manzano

Dirección de arte

José Luis de Híjeres

Corrección

Marisa Barreno

Impresión

Estugraf Impresores, SL

- © De *Enrique Morente, la voz libre*: Balbino Gutiérrez Quesada.
- © De las fotografías y materiales gráficos: sus autores y/o propietarios de los respectivos archivos.
- © De los textos preexistentes: sus autores y/o correspondientes titulares.
- © De la presente edición: Fundación SGAE, 2018.

ISBN: 978-84-8048-893-8
ISBN electrónico: 978-84-8048-894-5
Depósito Legal: M-1679-2018

A Enrique Morente
A Aurora Carbonell, la Pelota
A Estrella Morente
A Soleá Morente
A José Enrique Morente
A don Isaac Delgado San Román
A los morentianos y morentianas

RECUERDO Y CONFESIÓN. <i>Aurora de Morente</i>	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1 EL ARTE DE LA MEMORIA	15
DEL BARRIO DEL ALBAICÍN	15
MADRID, CIUDAD DE ACOGIDA	20
LA AFICIÓN Y LA PEÑA CHARLOT	21
LA PROFESIONALIZACIÓN	26
EL TABLAO ZAMBRA Y LOS PRIMEROS DISCOS	27
EL FLAMENCO, LA UNIVERSIDAD Y LA POLÍTICA	32
INICIO A LA POESÍA	39
CAPÍTULO 2 CORREDOR DE FONDO	49
TRAYECTORIA PROFESIONAL (1964-2005)	49
LOS AÑOS FINALES (2006-2010)	225
CAPÍTULO 3 MÁS QUE UN CANTAOR	325
ANTIMORENTISMO	325
UN HOMBRE SABIO	340
PERFIL HUMANO Y ARTÍSTICO	355
PASIÓN POR EL ARTE	366
CANTE Y TOQUE. CON LOS MEJORES	385
EL FLAMENCO PARA MORENTE	395
MIRANDO AL SIGLO XXI	418
CAPÍTULO 4 UN CLÁSICO REVOLUCIONARIO	443
¿CÓMO CANTA MORENTE?	443
RENOVADOR DEL CANTE	462
CAPÍTULO 5 LA PASIÓN POR LAS COPLAS	535
EN TODAS LAS FUENTES	535
REPERTORIO POPULAR	538
MORENTINAS	605
CAPÍTULO 6 LA PASIÓN POR LA POESÍA	639
EL GRAN ADAPTADOR	639
REPERTORIO CULTO	646
CAPÍTULO 7 ARCHIVO	683
DISCOGRAFÍA	683
COLABORACIONES PARA LAS ARTES ESCÉNICAS	699
MORENTE Y EL AUDIOVISUAL	701
PREMIOS Y HONORES (1965-2010)	705
BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA	709
ÍNDICE ONOMÁSTICO	713

RECUERDO Y CONFESIÓN

Enrique decía: “Canto por una extraña ley de la naturaleza”, y gracias a esa ley de la naturaleza hemos podido disfrutar del talento de Morente.

Ahora, pasados los años, queremos seguir recordando a Enrique como siempre fue, el más grande, el genio Morente, el más punk de los cantaores, aquel que revolucionó el flamenco sin perder la esencia del cante grande...

Queremos recordar a Enrique Morente como siempre lo vivimos: lleno de grandeza, de honestidad, de generosidad, de humildad; como un gran ser humano siempre fiel a los corazones; como poeta, creador, investigador y revolucionario del flamenco; como el padre, el compañero y el amigo que a mis hijos y a mí nos enseñó que lo más importante en esta vida es ser mejor persona cada día.

Queremos evocarlo como el único cantaor que ha puesto el cante boca abajo y ha sido capaz de echarle dos narices y dos bocas acordándose de Picasso, como el único que se ha tirado al vacío sin paracaídas cada vez que hacía un espectáculo. Revolucionó el flamenco tras navegar en las raíces del cante y de la música en general: igual cantaba rock que una misa en latín, y siempre con el cante clásico como bandera.

Pero Enrique no solamente era un cantaor; era alguien muy especial, de esas personas que nunca deberían desaparecer. Como ser humano fue ejemplar y, como artista, realmente único por su forma de ser y de crear arte.

Gracias por haber existido, compañero del alma, compañero. Siempre en mi corazón.

Tu Aurora de Morente

INTRODUCCIÓN

Este libro es prematuro y póstumo a la vez. Prematuro, porque se escribió cerca de tres años antes del que debía aparecer en 2016 coincidiendo con el veinte aniversario de la primera edición de *Enrique Morente, La voz libre*. Póstumo, porque se terminó de escribir tres años después del inesperado e injusto fallecimiento de su gran protagonista.

La muerte de Enrique Morente en diciembre de 2010 y las dolorosas circunstancias que la provocaron llenaron de consternación y dolor el mundo del flamenco y llevaron la tragedia a la familia del cantaor, así como a todos cuantos lo considerábamos nuestro maestro y amigo.

La desaparición imprevista de una luminaria como Enrique Morente ha dejado un vacío inmenso que nunca podrá ser colmado y ha puesto fin a una época gloriosa y feliz para la convivencia, para el arte, en general, y para el arte flamenco, en particular. Si tras el golpe en caliente nos sentimos abandonados y huérfanos, el paso de los meses y de los años no han hecho sino acentuar esos sentimientos en el corazón de cuantos admiramos y quisimos al hombre y al artista.

Esta tercera edición representa la continuación y culminación de las de 1996 y 2006, Hemos conservado la estructura inicial de la obra, que se ha engruesado con el relato continuado de la evolución del hombre y del artista que fue Enrique Morente durante cerca de medio siglo de vida y trabajo.

Hemos procurado ofrecer al lector la máxima información posible sobre la carrera profesional de Enrique Morente; todos los materiales escritos u orales que se recogen —excepto mínimos detalles— son rigurosamente sincrónicos con respecto a la existencia y carrera del cantaor para impedir que la *contaminación* en las actitudes, reflexiones y declaraciones, que se suelen producir tras la muerte de un personaje público, entrasen a formar parte del contenido de la obra. *Enrique Morente. La voz libre* habla del personaje vivo y, si hubiera sido posible, la habríamos sometido a su consideración, tal como hicimos con las dos ediciones precedentes.

Enrique Morente se nos fue, o nos fue arrebatado, en el momento de mayor esplendor de su arte y prestigio. Los últimos años de su trayectoria artística fueron

los más intensos de su vida profesional y los de mayor trascendencia pública de su singular personalidad. Estas circunstancias quedaron reflejadas en la extraordinaria repercusión mediática de su obra y de sus palabras. Día a día, semana a semana y mes a mes, los medios de comunicación se ocuparon permanentemente de difundirlas. Fueron cientos los artículos que Enrique Morente protagonizó, y se generó un masivo fenómeno periodístico, nunca antes conocido con un artista flamenco, para informar de su enfermedad y de su cruel desenlace.

Una parte de este *Enrique Morente. La voz libre*, debe su contenido precisamente en un porcentaje muy sustancial al trabajo de los cientos de periodistas que hablaron de Morente casi siempre con respeto y admiración. A ellos y ellas se dirige nuestro enorme agradecimiento y pedimos disculpas por las omisiones o errores involuntarios que puedan encontrarse en los textos transcritos. Vaya también nuestro reconocimiento a los autores de las fotos que ilustran el relato, a todas las personas, artistas flamencos, escritores, amigas y amigos de Morente que prestaron su palabra para ser transmitida en esta obra. Y por último, queremos expresar nuestra gratitud a la SGAE y al departamento editorial de su Fundación, porque no dudaron en ningún momento de la necesidad de publicar unos trabajos que exaltan la vida y obra de quien fuera uno de sus socios más ilustres: **Enrique Morente**.

Madrid, 11 de junio de 2017

CAPÍTULO 1 EL ARTE DE LA MEMORIA

DEL BARRIO DEL ALBAICÍN

Aún no se habían apagado los ecos de la traición y derrota de Granada, aún no se había mineralizado la sangre de Lorca y sus compañeros en el siniestro barranco de Víznar, cuando rompió a llorar (o cantar), el 25 de diciembre de 1941, un niño del Albaicín, hijo de Juan Morente y Encarnación Coteló. Lo llamaron Enrique: el que iba a enriquecer el flamenco.

Era el segundo hijo del matrimonio, y nació en el número 9 de la calle Cuesta de San Gregorio, prolongación de la popular cuesta de la Calderería, que conduce al corazón del arrabal albaicínero. Enrique fue bautizado en la cercana iglesia de San José, antigua mezquita de los morabitos o ermitaños, consagrada el 7 de enero de 1492 —cinco días después de la toma de Granada— por Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel la Católica, y primer arzobispo de la ciudad conquistada. De su pasado musulmán, la iglesia conserva la torre o minarete con su correspondiente campanil, el más antiguo de la ciudad y el único existente en España anterior a los almorávides.

Tras la Guerra Civil de 1936, el Albaicín era un barrio populoso que contaba con unos veinte mil habitantes en condiciones de hacinamiento, y con carencias en muchos casos de servicios públicos elementales. Sus gentes gozaban de mala fama entre los granadinos de la parte baja, fomentada por la propaganda del régimen franquista, seguramente con el objeto de castigar con el estigma —además del hambre— a una población que se había enfrentado a la rebelión del ejército de Franco, cerrando sus calles con barricadas, y resistiendo sin recursos de ningún género durante una semana, a las tropas regulares que asediaban el barrio y lo bombardeaban desde el Cubo de la Alhambra, y los cercanos miradores de San Cristóbal y San Miguel.

La guerra dejó en Granada la escalofriante cifra de cinco o seis mil fusilados —el número exacto no se ha podido establecer con certeza— por el ejército, la Guardia Civil y la “escuadra negra” de la Falange; la mayoría de los muertos procedían del Albaicín, parte de cuyos vecinos fueron deportados u obligados al exilio, fenómeno trágico que ni siquiera llegó a producirse con la victoria de los cristianos cerca de cuatro siglos y medio antes.

Enrique Morente no pudo olvidar aquella terrible época de posguerra:

Duró tanto que vives el susto ese de los mayores, les duró tantos años que viví la posguerra, claro. La viví bastantes años, porque duró mucho. Naturalmente no conocí la guerra, pero los destrozos que dejó me los tragué todos: de penurias, de todo; mi familia era de izquierdas.

Y de ella salió un niño anárquico que quiso elegir siempre el camino más difícil: el de la libertad. El único que podía conducirlo a la gloria, una gloria que nunca persiguió más que en su conciencia: “Casi siempre he tirao para el lado contrario de donde se me ha dicho”.

Sin embargo, por duras que fuesen las circunstancias que le rodeaban, lo primero que hacen todos los niños del mundo es jugar: “Yo, de niño chico, estaba todo el día en la calle, jugando y golpeando”. Y también, a su pesar, van a la escuela, en este caso, un poco peculiar, como Morente le describió a Nacho Sáenz de Tejada¹.

Al colegio de doña Magdalena, que enseñaba el “aeiou” con una hoja de lechuga en la mano. La mojaba en un lebrillo, le pegaba un bocao y seguía enseñando. ¡Así hemos salío todos los niños de la escuela!

Además, cuando contaba solo siete u ocho años, lo pusieron a cantar con los canónigos de la catedral de Granada.

Que hay que ver lo bien que cantaban aquellos hombres... Sí, estuve allí dos o tres años, hasta que cumplí los diez. Me pagaban treinta o cuarenta duros al mes. Lo que pasa es que sacábamos luego más, enseñando la catedral y la Alhambra a los turistas. Claro que, fíjate las explicaciones que dábamos: les decíamos que las habían hecho Franco y Primo de Rivera.

De esta vivencia como “seise”, no insólita, por cierto, en el mundo del flamenco —Camarón y José Mercé también la conocieron—, Enrique sacó algo más que algunas pesetas y diversión.

Estoy seguro de que todas esas experiencias de la niñez —ya te he dicho que mi primer oficio fue cantaor en el coro de la catedral— influyen decisivamente en el futuro, y no hablo de traslaciones de la música sacra al flamenco, sino de una convivencia de sonos y armonías: desde el flamenco a los cantos litúrgicos en latín —sin entender, naturalmente, lo que estaba cantando— y desde los cantos litúrgicos al flamenco. Una fusión, una corriente continua.

Sus oídos no retenían ecos familiares de voces profesionales ilustres, que marcan frecuentemente de manera determinante la carrera de tantos adultos. Enrique nació libre de influencias genealógicas —esas que tanto ponderan los flamencólogos al uso— y no conoció más imposiciones que las de su propia afición, ni más exigencias que las de una ignota llamada que procedía del fondo de los tiempos: “Dicen que cantaba antes de tener memoria. Yo he cantado siempre, desde que era

más chico que mi niño José Enrique”, me dijo en una ocasión, cuando su hijo menor —antes están Estrella y Soleá— solamente tenía doce meses.

Y entre oficio y oficio para llevar unos dineros a la casa, el chavea fue haciéndose muchacho y afianzando su inclinación, aprendiendo sin conciencia de futuro, inmerso en un presente al que llegaban reminiscencias de un pasado esplendoroso:

Yo, el flamenco lo empecé a vivir de escucharlo. No tuve realmente el flamenco profesional, no lo tuve, pero, vamos, me recuerdo que bajaba al mesón a algo, ya allí lo escuchaba; o a veces subía a algún recaó aquí arriba, al Sacromonte, porque alguien me mandaba, y claro, cuando pasaba algunas veces por el Camino, y veía las cuevas y ese chorro de música que salía de buenas a primeras en una tarde, ¿no? No hacía falta que fuera por la noche, en una tarde salía un reguero de música de las cuevas. De manera que eso, para cualquier niño que venía de abajo, del Albaicín, era un alucine.

Pero si del Sacromonte salía música, esta no faltaba en otros rincones granadinos, ya fuera en formas sencillas y espontáneas, ya fuera en la sustancia de las cosas:

Y los sonidos, y escuchar a las gentes cantar en las fiestas y en las tabernas. Entonces se cantaba mucho, ahora se canta menos, nada, ¡prácticamente no se canta! Y por eso es que a los cantaores, sobre todo los *castellanos*, les será cada vez más difícil, porque los gitanos conservan más esto en las familias, pero los *castellanos*...

Ni Enrique era gitano ni tuvo artistas flamencos en su familia. Eso no quita para que mamase el cante, primero en los pechos maternos...

Mi madre cantaba y yo disfrutaba escuchándola; sin saber de cante, mi madre conoce cosas muy interesantes y tiene buena voz. El otro día le cantaba una saeta a mi niña Estrella, y yo siempre había creído que era una saeta de Pepe Marchena, y ella me dijo que era una saeta que se cantaba en Pinos Puente, su pueblo: una saeta como con unos semitonos preciosos: ¡creo que ahora mi voz se va pareciendo cada vez más a la de mi madre!

... Y más tarde en los ambientes flamencos de Granada:

Conocí a Cobitos, Manuel Osuna, al Niño de las Almendras, que para mí era un ídolo en aquella época. Yo escuchaba a algunos cantaores mencionarlo, lo vi alguna vez cantar en algún concurso que había por ahí, en algún festival, no lo sé muy bien. Pero me acuerdo que lo he visto cantar cuando yo era un niño. Y ahora hay una peña que se llama el Niño de las Almendras, que está por San José, y es uno de los sitios de más gracia y de más ángel que he conocido en mi vida. Funciona los viernes; si llamas y no te abren, dices que vas de mi parte.

En algunas de las críticas adversas que se han publicado contra Enrique Morente, se le menciona reiteradamente como “cantaor granadino”, como si esos dos términos fuesen antinómicos.

El motivo es que la historia del flamenco se ha escrito a menudo sin respeto por los hechos reales y desde posiciones sesgadas y parciales. Pero, actualmente, está fuera de toda duda que Granada es tierra de arte y de artistas flamencos. A mediados del siglo pasado, el foco granadino de baile flamenco era tan importante, al menos, como el de Triana. Sin embargo, ya sea debido al carácter extrovertido de algunas de sus hermanas andaluzas, ya sea por la reserva y aislamiento tradicionales propios de sus gentes, Granada permaneció casi siempre en un segundo plano oscuro y eclipsado dentro del sistema historiográfico del flamenco. Y mientras otras se llevaban la fama, ella conoció el silencio e incluso el agravio.

En Granada se originaron la zambra, los tangos y los fandangos; en Granada tuvieron su solar las dinastías gitanas más gloriosas. Para Enrique Morente quedaba fuera de toda duda la importancia flamenca de su tierra y no le dolían prendas a la hora de señalar algunas de las causas de que no se la reconociera:

Yo creo que en los libros de los años cincuenta para acá se le ha quitado importancia al flamenco de Granada, que sí le daban otros escritos, otros intelectuales, otros dibujantes y otros artistas de épocas anteriores. Pero yo creo que está más claro que el agua. Nosotros somos enamorados totales del flamenco de Andalucía la Baja. Más que me gusta a mí Cádiz, Jerez o Sevilla, no le puede gustar a nadie; sin embargo, el flamenco de Granada, e incluso el de Málaga y el de Córdoba, es una cosa innegable. Porque hay que ver todos los que aquí han salido bailando y tocando y cantando; pues está muy fácil de ver, ya que un Mario Maya no nace todos los días, ni un Manolete, ni otros.

Y, cantando, ha habido unas cuantas personalidades importantes, que no han trascendido tanto en el mundo profesional como las de otros sitios. El caso de Juanillo el Gitano, Caganchín y antes la Gazpacha. Yo no la he escuchado, pero me han hablado gentes de aquí que era una gran cantaora. Y hay grabaciones de cantaores de aquí que son impresionantemente buenas, ¡vamos, extraordinarias! Y tocando la guitarra, pues no digamos, ahí están todavía los guitarristas. Pero aparte de eso, me acuerdo de que había uno que le llamaban el Mocarras, que al primero que yo escuché hablar de él fue a Manolo de Huelva, en Madrid, no aquí en Graná.

En Madrid yo escuchaba hablar a Manolo de Huelva de este hombre, y decía que era una admirador de él, y que Ramón Montoya venía a Granada a escuchar al Mocarras: o sea, que el Mocarras no tenía que ser ningún tonto. Y luego el Ovejilla, que el maestro Ovejilla era uno de los buenos guitarristas de aquí de Graná. Es decir, que si ha habido o no ha habido flamenco en Graná, eso es una cosa de locos dudarlo, está todavía ahí; pues imagínate lo que sería en aquella época de florecimiento del Sacromonte. ¡Cómo se tocaba la guitarra, cómo se bailaba y cómo se cantaba!

Ahora, que ha cambiado, que ya no existe en la misma medida: si es que ya la sociedad ha cambiado en todas partes del mundo, si es que Triana no tiene

nada que ver tampoco. ¿Te puedes imaginar lo que sería Triana? Es que si quisiéramos demostrar lo que ha sido Triana por lo que es ahora, pues estaríamos en el mismo problema que con el Sacromonte o el Albaicín, nos veríamos negros para demostrarlo: ¡pero, se sabe, claro!

Y Morente concluía su encendida defensa del flamenco granadino sentado en un confortable sofá junto a una chimenea en la que ardía una buena lumbre; sin nostalgias y sin lamentaciones cínicas del que vive bajo un buen techo y canta al “genio irrepetible” de los que iban descalzos o con alpargatas.

Ni Cádiz ni Málaga son lo que eran, el mundo ha cambiado, la sociedad ha cambiado, y nos gustaría que el flamenco siguiera todavía, por otra parte, con la misma pureza de la época de los años de las pulgas y de las miserias, pero yo te digo la verdad: yo prefiero esta época, me gusta más, y los cantaores y los guitarristas y los bailaores viven mejor, te lo aseguro: ¡prefiero la realidad agradable al romanticismo trágico!

Fue quizá en su huida de ese “romanticismo trágico” por lo que el joven Enrique Morente —al que se conocerá por cierto tiempo como Enrique el Granaíno— se dispuso a afrontar el trauma terrible de abandonar su ciudad; pero con él llevaría siempre a su familia y su barrio, a sus gentes y todo ese mundo típico y entrañable que describió al escritor Caballero Bonald:

Esos bautizos, esos patios..., mi madre y los vecinos, yo me acuerdo, formaban unas zapatiestas por nada. Soniquete más bien, hacían folclor del Albaicín, pero también flamenco... Enfrente de mi casa había una tabernilla preciosa, Casa Luisa. Uno de los que había allí era el Sillero, Emilio el Sillero, otro era el que arreglaba las escopetas, el otro era Paco, que no recuerdo lo que era, pero sí muy aficionao. Algunos cantaban y a mí me daban una copa de vino dulce, una gotilla, y ya estaba dando bocinazos, colorao como un tomate y dando bocinazos. Y esas cosas, pues, claro, ¡ya no existen!

Pero el flamenco no ha muerto en Granada, sino todo lo contrario, y nuevas generaciones de artistas de los tres géneros han tomado el relevo. Así decía Morente a Miguel Ángel González²:

De aquí, de Granada concretamente, hay unos cuantos muy jóvenes, como Víctor Charico, Marina Heredia, mi hija Estrella, los de Cazuela pa 1500... Eso de citar nombres es complicado, porque siempre deja uno en el olvido a personas que se merecen ser mencionadas. Por supuesto, tenemos a Miguel Ochando, Emilio Maya, los hermanos Cortés..., unas guitarras muy importantes. Y gente bailando estupendamente como Eva la *Yerbagüena*, como Juan Andrés Maya... Hay una cantera de artistas flamencos muy buenos.